EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

AMOR, HONOR Y PODER,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1871.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil.
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Articulo por articulo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.
Candidito.
Caprichos del corazon.
Con canas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
Dara y cruz.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...
D. José, Pepe y Pepito.
Dos mirlos blancos.
Deudas de la honra
De la mano á la boca
Doble emboscada.
El amor y la moda.
Está loca!

En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar..
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último pichon.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El jorobado.
El Diablo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fé en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo e

Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la
Herencia de lágrim
Instintos de Alarc
Indicios vehement
Isabel de Médicis
Ilusiones de la vid
Imperfecciones.
Intrigas de tocador
Ilusiones de la vid
Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Cl
Lo mejor de los da
Los dos sargentos
Los dos inseparabl
La pesadilla de un
La hija del rey Re
Los extremos.
Los dedos huésped
Los éxtasis.
La posdata de una
La mosquita muer
La hidrofobia.
La cuenta del zapa
Los quid pro quos.
La Torre de Londr
Los amantes de Te
La verdad en el es
La banda de la Co
La esposa de Sanch
La boda de Queved
La Creacion y el Di
La gloria del arte.
La Gitanilla de Ma
La Madre de San F
Las flores de Don J
Las apariencias.
Las guerras civiles
Lecciones de amor
Los maridos.
La lápida mortuor
La bolsa y el bolsil
La libertad de Flor
La Archiduquesita.
La escuela de los a
La escuela de los p
La escala del poder
Las cuatro estacion
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la
La ninfa Iris.
La dicha en el bien a
La mujer del puebl
Las bodas de Camac
La cruz del misteri
Los pobres de Madr
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla
La calle de la Monte
Los pecados de los pa
Los infieles.
Los moros del Riff.

AMOR, HONOR Y PODER.

AMOR, HONOR Y PODER,

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA

REFUNDIDA POR

DON EMILIO ALVAREZ.

Representada con extraordinario éxito en el Teatro Español,
la noche del 15 de Setiembre de 1871.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18
1871.

PERSONAJES.	ACTORES.
EDUARDO III, rey de inglaterra...............	Sr. Morales.
ENRICO..................	Sr. Calvo.
TEOBALDO..............	Sr. Maza.
LUDOVICO..............	Sr. Simó.
EL CONDE DE SALVERIC.	Sr. Pizarroso.
ESTELA..................	Sta. Boldun.
FLÉRIDA................	Sta. Mendoza y Tenorio.
TOSCO....................	Sr. Mario.
Criados y acompañamiento.	

ACTO PRIMERO.

Parque del castillo de Salveric. Muro de fábrica en el fondo, con puerta de entrada en el extremo de la derecha. En el de la izquierda, en último término, fachada del castillo. En segundo término de la derecha, otra fachada de un pequeño edificio. En primer término de la izquierda, una caseta rústica.

ESCENA PRIMERA.

ESTELA, ENRICO. Estela aparece en el parque. Enrico entra por el foro.

ENRICO. No salgas, Estela, al monte:
entra en tu aposento, hermana,
que por esos campos hoy
ha salido el rey á caza.

ESTELA. De este parque no saldré
que ser gusto tuyo basta.

ENRICO. No te vea el rey y piense,
en mengua de nuestra casa,
viendo el humilde atavío
con que por el campo andas;
que lo que es sobra del gusto
viene á ser del honor falta.
Aquí un hermano te sirve,
y aquí un padre ..

VOZ. (Dentro.) Aparta, aparta.
ENRICO. ¿Qué voz es esta?
VOZ. (Dentro.) ¡Poned
delante de él las espadas!
ESTELA. Un caballo se despeña
con una mujer.
ENRICO. No aguarda
más ocasion mi valor
para mostrarse, pues basta
el ser mujer. (Desaparece rápidamente.)
ESTELA. Á qué riesgo,
hermano mio, te lanzas?...
Él llega... ¡Cielos, valedle!
La crin ase... el freno agarra...
venció al indómito bruto,
en salvo pone á la dama,
y ya con ella en los brazos
se acerca aquí. ¡Albricias, alma!

ESCENA II.

ESTELA, FLÉRIDA, conducida por ENRICO.

ENRICO. Hermana, Estela, al momento
trae de aquesta fuente agua,
ó entra por ella al castillo.
ESTELA. Yo voy presto; aquí me aguarda.
(Entra en el castillo.)

ESCENA III.

FLÉRIDA, ENRICO.

ENRICO. Señora... No oye mi voz...
Su presencia me acobarda.
No sé qué deidad oculta
á su adoracion me llama,
que de tan extraño afecto
no determino la causa.
Señora!...
FLERIDA. ¡Válgame el cielo!
ENRICO. ¡Albricias, cielos, que habla!

¡Alma, albricias!

FLERIDA. ¿Dónde estoy?

ENRICO. Ah! señora...

FLERIDA. ¿Quién me llama?

ENRICO. Quien del alma la mitad
hoy á tu vida consagra.
¿Cómo te sientes?

FLERIDA. Mejor;
mas quién eres tú, que amparas
mi vida?

ENRICO. Soy quien la suya
tambien ofrece á tus plantas.

FLERIDA. La vida te debo.

ENRICO. Es cierto;
mas procedes tan tirana,
que cuando te doy la vida,
en satisfaccion me matas.

FLERIDA. (Agradecida le escucho.)
¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

ENRICO. Enrico de Salveric;
y vivo en estas montañas,
en el castillo famoso
que es mi apellido y mi casa.
Aquí podrás descansar;
yo quisiera que el alcázar
fuera del sol; mas ¿quién eres?

FLERIDA. Yo soy...

ESCENA IV.

FLÉRIDA, ENRICO, el REY, LUDOVICO, TEOBALDO y acompañamiento.

LUDOV. Aquí está la infanta.
(Enrico se aleja al fondo.)

REY. Hermana, dame los brazos.
¿Cómo te sientes?

FLERIDA. No es nada
el dolor, aunque no puedo
estar en pie.

REY. Pues entradla
á este castillo, y en él

descanse lo que le falta
al dia, que ya con sombras
negras la noche amenaza.

TEOB. Vida te dió mi deseo.

FLERIDA. (Buscando con la mirada á Enrico.)
Yo procuraré pagarla;
que á quien me ha dado la vida,
no es mucho que le dé el alma.
(Entra en el castillo.)

ESCENA V.

El REY, ENRICO, LUDOVICO, TEOBALDO y acompañamiento.

ENRICO. (Siguiendo con la mirada á Flérida hasta verla desaparecer.)
¡Quién vió mayor hermosura!
La infanta, cielos, la infanta
es á la que dí la vida,
y la que me quita el alma.

REY. ¿Quién eres?

ENRICO. Enrico soy
de Salveric, que mi casa
es hoy, pues á honrarla vienes,
venturosa en tal desgracia.

REY. ¿Cómo retirado vives
de la córte?

ENRICO. Porque halla
mi padre en la soledad
más quietud á su edad larga.

REY. ¿Vive todavía el Conde?

ENRICO. Sí señor.

REY. Fué la privanza
de mi padre. ¿Y sólo tú
su soledad acompaña,
ó tambien se halla aquí Estela?

ENRICO. Aquí está, señor, mi hermana,
que tambien del campo gusta.

REY. Mucho le debe á la fama,
que dice que es muy hermosa.

ENRICO. Siempre la opinion se alarga;
que no es muy hermosa Estela,

el no ser fea la basta.
REY. Dícenme que es muy discreta.
ENRICO. Sabe, señor, cosa es clara,
lo que tiene obligacion
una mujer en su casa.
REY. Mucho me holgára de verla.
ENRICO. No es el traje en que ella anda
digno, señor, de tus ojos;
y por eso...
ESTELA. (Apareciendo con un vaso de agua.)
Aquí está el agua.
¡Más qué miro!
ENRICO. (Al Rey.) Estela es esta.
REY. Mejor dijeras el alba.
ESTELA. Vuestra majestad, señor,
disculpando la ignorancia
que me permite este traje,
me dé sus manos.
REY. Levanta.
ENRICO. (Interponiéndose entre Estela y el Rey.)
El cielo aumente tu vida.
REY. (Oh! lo que este hermano habla!)
Ah, Ludovico!
LUDOV. Señor...
REY. No sé que siento en el alma.
LUDOV. ¿Qué sientes?
REY. Siento temor
con el amor en batalla.
Estela me da contento,
y aqueste hermano me cansa.
Echale de aquí.
LUDOV. Señor...
ENRICO. (Á Estela.)
Su alteza, Estela, está en casa;
y pues ha sido ventura
nuestra tan grande desgracia,
aunque como en monte sea,
vé á servirla y regalarla.
Vuestra majestad, señor,
dé licencia: vete, hermana,
que el agua no es menester.
REY. Mejor será que tú vayas,

que aunque yo no haya caido,
aquí es menester el agua;
el cansancio y el calor,
pension propia de la caza,
me tienen con sed, y quiero
beber; vete, pues, qué aguardas?

ENRICO. (Mi muerte decir pudiera;
pues voy por suertes contrarias
de tu hermana enamorado,
y celoso de mi hermana...)

(Enrico entra en el castillo acompañado de Ludovico, Teobaldo y acompañamiento).

ESCENA VI.

ESTELA, el REY.

REY. Turbado á tu vista llego;
que cuando amor me provoca,
teniendo el agua en la boca
bebo por los ojos fuego:
si entre sus rayos me anego,
cómo en sus hondas me abraso?
De un extremo al otro paso;
quién ha visto efecto igual,
que esté en la mano el cristal,
y esté la llama en el vaso?
Cuando el sol sobre la nieve
su rubio esplendor desata,
hace una nube de plata
que del monte al valle llueve:
uno corre, y otro bebe;
y así en efectos tan llanos,
de tus ojos soberanos
la luz en las manos dió,
y ese cristal desató
de la nieve de tus manos.
Yo á tu luz, turbado y ciego
busco el agua; pero ya
mal mi fuego templara,
si está en el agua mi fuego:
abrásome; pero luégo

que el cristal hermoso pruebo,
el agua á los ojos llevo,
que en tan confusos enojos
tienen sed labios y ojos.

ESTELA. Bebed ya.

REY. Pues ya no bebo?

ESTELA. Lisonjera, libre, ingrata,
dulce y suave, allí una fuente
hace apacible corriente
de cristal y hondosa plata:
si aquí líbre se dilata,
allí hablaba y no sentia;
suave, porque fingia;
libre, porque murmuraba;
dulce, porque lisonjeaba;
é ingrata, porque corria.
Aquí vuestra majestad
podrá templar el rigor
de tanto fuego mejor,
porque tanta claridad
quizá ofende por verdad;
y si este cristal deshecho
abrasa y quema, sospecho
que en mi pecho se ha de hallar
el hielo para templar
el fuego de vuestro pecho.
Bebed, templad los enojos
de tan sedientos agravios.

REY. Ya doy el agua á los labios
teniendo el fuego en los ojos.

ESTELA. De tan contrarios despojos
la causa á decir me atrevo.

REY. Á la boca el agua llevo,
y mis ojos me la dan,
que ya con más sed están.

ESTELA. Bebed ya.

REY Pues ya no bebo?
pero este cristal pretende
acabarme con cautela;
si fuego, cómo me hiela?
si hielo, cómo me enciende?
si libre, cómo me prende?

si apacible, cómo daña?
ó cómo me desengaña
el agua si es lisonjera,
ó cómo en pena tan fiera,
siendo tan clara me engaña?

ESTELA. Clara y ardiente pretende
experiencia tan extraña;
como clara desengaña,
y desengañada, enciende.
Si vuestra intencion me ofende,
dándome el cristal consejo
en él la respuesta dejo,
y es fuerza desengañar,
si para hacerlo ha de estar
en mis manos un espejo.
Vuestra majestad me dé
licencia.
(Desaparece rápidamente, entrando en el castillo.)

REY. Oye, tente, espera.

ESCENA VII.

REY, LUDOVICO.

REY. Ay! Ludovico! quisiera...

LUDOV. Qué quisieras?

REY. Por mi fe
que lo ignoro. Sólo sé
que cuando llego á sentir
el fuego en que he de morir
y le pretendo contar,
me contento con mirar
y se queda sin decir.
Tú eres discreto, y sabrás
la ocasion de mi cuidado;
y en fin, desapasionado,
mucho mejor le dirás
que no puedo sufrir más
el incendio que sentí.
Di que libre vine aquí,
dí que ya rendido lloro,
dí que su rigor adoro,

y en fin, dile que la ví.
LUDOV. (Viendo aparecer á Tosco por el castillo.)
Ten, señor, que éste que entra
criado es del Conde.
REY. Tente:
de él te informa de la gente
que en el castillo se encuentra.

ESCENA VIII.

REY, LUDOVICO y TOSCO.

LUDOV. ¡Hola, villano, hola!
TOSCO. Á quién
dan estas voces?
LUDOV. Á vos.
TOSCO. Yo no so hola, juro á ñ os,
y avísole que habre bien.
LUDOV. Eres criado del Conde?
¿Cómo y quién guarda el castillo?
Dí.
TOSCO. No me cumpre decillo;
busque él el cómo y el dónde. (Se aleja.)
LUDOV. Hola, una palabra sola
á mi pregunta no das.
TOSCO. Él es el hola no más,
porque aquí no hay otro hola.
¿Piensa el lacayo que está
con otro hola como él,
que sólo es su nombre aquel
de hola acá y hola acullá?
Qué no hay de aquestos criados,
(mirad que dichosa gente,)
quien muera sópitamente,
pues todos mueren oleados.(Se aleja.)
LUDOV. Deten el paso un momento.
Yo en el castillo he de entrar;
más ni sé dónde quedar,
ni á quién pedir aposento.
TOSCO. Con el Rey viene? Eso bien.
LUDOV. Con el Rey venia yo,
que en el monte me cogió

el crepúsculo tambien.
TOSCO. Que... pus... qué?... ah, fiero animal!
que tal cosa el monte cria?
¿crepúsculo en él habia?
¿Y diga, no le hizo mal?
LUDOV. (El villano se ha creido
que es alguno que hace daño,
y ha de quedar con su engaño.)
Yo, en fin, hasta aquí he venido
huyendo de aquese hombre.
TOSCO. Diga: ¿los hechos son buenos
de aquese, que por lo ménos
tiene peligroso nombre?
LUDOV. Un hombre se traga entero;
y si está con hambre, dos
juntos.
TOSCO. Oh, fuego de Dios!
¿tan fuerte tiene el guarguero?
Yo le guiaré, pardiez,
al castillo, porque allí
el Rey está.—¡Pese á mí!
¡Dos se zampa de una vez!—
Que esta noche se ha quedado
en Salveric, como digo.—
Yo apostaré que conmigo
no tiene para un bocado.—
Pues vive aquí solamente
mi amo el Conde, en compañía
de sus hijos, que á fe mia
no cabe en casa más gente.
LUDOV. Tendrá criados...
TOSCO. ¿Pues no?
El asno del jardinero
que es mi amigo y compañero,
el buey de la noria y yo.
Mi amo salta de contento:
y él y su hijo Enrico irán
á dormir en un desvan,
por dar al Rey su aposento.
Y la infanta ocupará
esta parte, como digo. (Señalando la derecha.)
Y en esta otra conmigo

mi ama Estela dormirá.
LUDOV. Bien está.
TOSCO. Adentro me voy.
LUDOV. (Él va temblando de miedo.)
TOSCO. ¡Crepúsculo! muerto quedo
si en sus fieras garras doy.
(Entra en el castillo. Ludovico se aproxima al Rey, con quien habla en secreto.)

ESCENA IX.

REY, LUDOVICO, FLÉRIDA y TEOBALDO, saliendo del castillo.

TEOB. No salga vuestra alteza,
que un bárbaro accidente,
descortés no consiente
respeto á la belleza,
cuando en muertos colores
halió el campo la vida de las flores.
FLERIDA. El riesgo más que el daño
amenazó mi vida,
y al peligro rendida
temí el rigor extraño.
Ya estoy más descansada,
ménos mortal... (y más enamorada.)
Muy bien podré ir en coche.
TEOB. Porque tu alteza pueda
descansar, aquí queda
el Rey aquesta noche.
FLERIDA. (Debo á Enrico la vida;
enamorada estoy y agradecida.)

ESCENA X.

FLÉRIDA, REY, el CONDE DE SALVERIC, ENRICO y acompañamiento.

CONDE. (Dirigiéndose al Rey.)
De la suerte que sale
el sol resplandeciente,
que con su luz ardiente
no hay cosa que no iguale,

cuando con rayos baña
ya el sólio, ya la rústica cabaña:
así, noble rey mio,
alégrase esta casa,
que á serlo del sol pasa.
de cuya luz confio
que será en este dia,
por tuya celestial,
noble por mia.

REY. Alzad, Conde del suelo,
dadme, dadme los brazos.

CONDE. Será con tales lazos
poco llegar al cielo.

REY. Mirad que porque tardan
impacientes los mios los aguardan.

CONDE. De tu padre heredaste
honrar la humildad mia.
¡Cuántas veces solia
el rey mi señor...

REY. Baste,
que como los blasones
heredé de mi padre obligaciones.
Ya sois de mi consejo
de estado.

CONDE. Señor, mira...

REY. Vuestra razon me admira.

CONDE. Que estoy cansado y viejo.

REY. Conde, yo sé que tengo
necesidad de vos.

CONDE. Ya no prevengo
disculpa, aunque pudiera.
Que suplas te suplico
esta ignorancia...

REY. Enrico,
agradecer quisiera
de la infanta la vida.

ENRICO. Con dársela ha quedado agradecida.
Y no hay en mí cuidado
cosa que satisfaga;
sólo quiero por paga
el habérsela dado,
y de nuevo la mia,

que el monte no gastó la cortesía

REY. Galan andais, Enrico;
y aunque en ello no os pago,
de mi cámara os hago.

ENRICO. Ya los lábios aplico
á la tierra que doras

REY. Porque entreis donde estoy á todas horas
(Enrico se une al Conde. El Rey se acerca á Ludovico.)

REY. (Á Ludovico.) Esta noche he quedado
aquí, por ver si puedo,
atropellando el miedo,
ciego y enamorado,
entrar donde está Estela.

LUDUV. Haces bien, que el amor todo es cautela.

REY. Por esto, sin que haya
razon de haberle honrado,
hoy al Conde he obligado
á que á la córte vaya.

LUDOV. (¡Cuántas honras hay dadas
que van con sus infamias disfrazadas!)

FLERIDA. (Mirando á Enrico.)
Á darme susto empieza
su mirada atrevida.

ENRICO. (Mirando á Flérida.)
Quién vió mayor belleza!

CONDE. (Al Rey.)
Como no prevenida
hoy á tener disponte
cama de campo, y cena como en monte

REY. Ese placer me guia;
que si fausto quisiera
en palacio estuviera.

CONDE. Honras la humildad mia.
(El Rey seguido del Conde y demas acompañamiento se dirige al castillo, entrando en él.)

ENRICO. El Rey... Estela... Cielos!
La infanta... muerto voy de amor y celos.
(Entra con todos en el castillo.)

ESCENA XI.

FLÉRIDA.

Determinad, pensamiento,
si tan confuso rigor
ha nacido del amor
ó del agradecimiento:
con dos afectos me siento
á una inclinacion rendida;
si Enrico me dió la vida,
si ver á Enrico me agrada,
es estar enamorada,
ó es estar agradecida?
Quisiera darle un favor
que al darme vida excediera,
porque de mi pecho fuera
la satisfaccion mayor:
en pagándole el valor
no estuviera tan rendida;
mi voluntad es fingida;
satisfacer, no es amar:
luego tanto desear
es estar agradecida.
Pero aunque no me ofreciera
vida, pienso, y con razon,
que lo que es obligacion
voluntad entónces fuera:
determinarme quisiera;
yo estoy á Enrico inclinada,
más rendida, que obligada,
amar, no es satisfacer;
luego tanto padecer
es estar enamorada.
Anímame un noble intento,
acobárdame un temor:
alma, qué es aquesto? amor;
y aquello? agradecimiento.
Defenderme en vano intento:
deseo, ya estoy vencida:
respeto, ya estoy rendida:
luego estar tan obligada,

es estar enamorada
y es estar agradecida.

ESCENA XII.

FLÉRIDA, ENRICO.

ENRICO. (¡Ay, Flérida, no tuviera
yo tan venturosa suerte,
que dándome á mí la muerte
á tí la vida te diera!
Á su presencia he llegado;
y como el alma la vió,
para hablar se me olvidó
cuanto tuve imaginado.)
En esta parte ordenó (Designando la derecha.)
su majestad que tu alteza
esté. (¡Qué rara belleza!)
Esotra el Rey ocupó.
(Señala el castillo.)
FLERIDA. (Disimular me conviene;
sin mirarle le hablaré,
porque de los ojos sé
el daño que al alma viene.
Cobarde el alma suspira.)
ENRICO. (Mal mi deseo se entabla...)
FLERIDA. (Ay, cielos, aún no me habla.)
ENRICO. (Ay, cielos, aún no me mira...)
FLERIDA. (Quiero apurar el temor.)
¿Á dónde Teobaldo está?
ENRICO. (Faltó el sufrimiento ya.)
¿Tienes á Teobaldo amor?
Eternos años aumente
el cielo la sucesion
de tan venturosa union.
(No la pesa.)
FLERIDA. (No lo siente.)—
Ya rendí mi voluntad
de buen grado.
ENRICO. En hora buena.
Si es tu gusto...
FLERIDA. El Rey lo ordena.

ENRICO. (¡Qué esquivez!)
FLERIDA. (¡Qué frialdad!) —
El Rey mi señor previene
mi union con Teobaldo.
ENRICO. (¡Cielos!)
(No estima quien me da celos.)
FLERIDA. (No ama quien celos no tiene.)
Pero, Enrico, no me agrada
que en tal asunto me den
plácemes ni parabien,
que, en fin, aún no estoy casada
ENRICO. Mas que en tu vida lo estés
si no ha de ser á tu gusto.
FLERIDA. Lo ordena el Rey... y es muy justo.
¿Qué el Rey lo ordena no ves?
ENRICO. Si del parabien te ofendes,
yo lo que todos publico.
FLERIDA. ¡Qué mal me entiendes, Enrico!
ENRICO. ¡Flérida, qué mal me entiendes!
Te esperan.
(Designando á las damas, que ocupan segundo término. Flérida se dirige á la habitacion de la derecha seguida de las damas y conducida por Enrico.)
Hasta la puerta
acompañándote iré.
(Flérida desaparece con las damas. Enrico se dirige á la izquierda.)
—Estela... amor, déjame;
y alerta, mi honor, alerta.
Del rey pude sorprender
no sé qué atrevido extremo
hácia mi hermana... No temo
su incontrastable poder.
Infundada es la inquietud
que siento... ¡Torpe flaqueza!
Que en mí hay valor y nobleza,
y en ella honor y virtud.
Aquí viene... ¡honor, no dudes!
todos en calma reposan.
¡Ay de mí! ¡por qué me acosan
estas fieras inquietudes!
(Se oculta en el fondo.)

ESCENA XIII.

ESTELA, TOSCO, ENRICO, oculto.

ESTELA. Todo es silencio á esta hora,
todos duermen.
ENRICO. (Todos no.)
ESTELA. Preciso es que vele yo.
Tosco?
TOSCO. ¿Qué mandas, señora?
ESTELA. Guardarás la puerta.
TOSCO. Sí.
con dos trancas cerraré.
ESTELA. Ten cuenta de ella.
TOSCO Sí haré.
ESTELA. Y observarás desde allí.
TOSCO. Mándasme que de ella tenga
cuenta, á mi cargo lo tomo
el guardar la puerta, como
el crepúsculo no venga.
STELA. Ántes que venga te irás.
TOSCO. ¿Ántes que venga me he de ir?
¿que él sin duda va á venir?
¿qué tengo que saber más?
ESTELA. Alerta está el enemigo;
honor, velar me conviene.
TOSCO. Ten cuidado, que si él viene
no vaya á topar contigo.
ESTELA. Vayamos á espacio, honor.
Del Rey sabré defenderte.
TOSCO. Que no es lo peor el comerte,
el mascarte es lo peor.
ESTELA. Huiré, si llega á venir,
dónde no me halle jamás. (Tosco se aleja.)
¿Pues Tosco, dónde te vas?
TOSCO. Tengo un poco que dormir.
Duerme tú, por vida mia.
ESTELA. Yo no dormiré, ay de mí,
porque me ha de hallar así
el crepúsculo del dia.

TOSCO. ¡Pésete quien me parió!
¿Qué es lo que dices, señora?
¿Con eso sales ahora?
No en vano le temo yo.
ESTELA. Soy de mi honor centinela,
y á no dormir hoy me obligo:
que está cerca el enemigo,
é importa pasarla en vela.
TOSCO. Á esta parte siento ruido,
ESTELA. Viene gente, mira quién.
TOSCO. El crepúsculo es sin duda.
ESTELA. Enrico debe de ser.
(Aparece el Rey seguido de Ludovico por el fondo izquierda.)
TOSCO. Señora, Estela, señora;
él es y tan descortés,
que se ha entrado sin licencia.
ENRICO. (Siempre en el fondo.)
¡Qué atrevido es el poder!
Ni pone límite al miedo,
ni guarda al respeto ley.

ESCENA XIV.

ESTELA, REY, LUDOVICO, en el fondo izquierda. ENRICO. en el fondo derecha. TOSCO, próximo á la caseta.

LUDOV. (Al Rey.) Aquí está Estela.
ESTELA. ¡Ay de mí!
¡Qué es lo que miro! ¡Quién es!
¡Quién de esta suerte se atreve!
¡Hombre, quién eres!
REY. El Rey.
ESTELA. ¡Qué mal hice en preguntarlo!
¡que si no fueras tú, quién
tuviera este atrevimiento!
REY. Óyeme, Estela.
ESTELA. Deten
el paso, y mira que ofendes
al vasallo más fïel,
al honor más invencible
y la más constante fe.

Tosco. Acercándose va á ella,
se la zampa de esta vez.
Por dónde podré escaparme,
pues él se la va á comer.
(Se oculta tras de la caseta.)

Rey. Estela, nunca he querido
con imperios ofender
de tu hermosura el respeto,
de quien hago al cielo juez.
Obligarte y persuadirte
siempre mi deseo fué,
más amante con finezas,
que tirano con poder.
De amor es mi atrevimiento,
que más atrevido es
un humilde enamorado,
que no poderoso un rey.
Y porque veas que soy,
(pues todo lo vengo á ser)
como señor, generoso,
y como galan, cortés,
dispon de todos mis reinos,
que solamente ha de ser
el poder, para servirte;
usa á tu albedrio de él.

Estela. Señor, vuestra majestad
mire quién soy, y quién es,
pues lo que por sí se debe,
me debe por mí tambien.
No se atreva poderoso;
que si en un vasallo fiel
no hay contra el poder espada,
hay honor contra el poder.

Rey. Estela...

Estela. Señor, advierte,
que soy...

Rey. Estela, ¿por qué
á un rey desprecias que humilde
te adora?

Enrico. (En el fondo.) ¡Que avilantez!

Estela. Porque al más noble vasallo
ofendes que tuvo rey.

REY. No hay dique para mi afan.
ESTELA. Yo límite le pondré.—
REY. Amante ofendido soy,
y poderoso.
ENRICO. (Dirigiéndose al Rey en actitud amenazadora, y conteniéndose de pronto.)
Es el Rey.
REY. Qué, en fin, no premias mi afan?
ESTELA. (¿Piadosos cielos, qué haré?
Si doy voces, y despiertan
á Enrico, será poner
en contingencia su vida:
venza la industria al poder.)
(Con acento cariñoso.)
¡Qué presto, señor, te ofendes
de mi firmeza! qué bien
sufrieras, amante dócil,
las dilaciones de un mes!
Presto del honor te ofendes;
todos los hombres quereis
fáciles mujer, ántes,
pero Lucrecias despues.
Obligarte con honor
fué mi deseo; veré
si no hay gente en esta estancia.
Espérame aquí, oh, gran rey!
respetuoso Eduardo,
para que tú entres despues
á donde mi amor te espera.
REY. Aquí aguardo. (Estela entra en la caseta.)
LUDOV. (Acercándose al Rey.) ¿Qué hay?
REY. Llegué,
ví y vencí. Ya Estela hermosa
se declaró.
ESTELA. (Desde la puerta de la caseta, á media voz.)
Tosco, ven.
(Estela entra con Tosco en la caseta, cerrando la puerta.)
REY. Por no disgustarme fácil
todo su desvío fué;
pero ya me espera.
ENRICO. ¡Cielos!

(Óyense dentro de la caseta fuertes golpes como de atrancar la puerta.)

VOZ DE ESTELA. (Dentro.)
Cierra, Tosco, cierra bien.

REY. Cerraron la puerta.—

LUDOV. Sí.

REY. Qué es lo que mis ojos ven?

VOZ DE ESTELA. (Dentro.)
Eduardo, intenta ahora entrar.

REY. Qué es esto, Estela?

ESTELA. Esto es
la industria contra la fuerza,
y el honor contra el poder.

REY. Vengóse de mi porfía.
Hoy con mis ojos pondré
fuego al castillo.

ENRICO. Volvió
el alma á su propio ser.

LUDOV. (Al Rey.) Recóbrate.

REY. ¿Cómo puedo?
De qué me sirve ser rey,
si hay contra la fuerza industria,
y hay honor contra el poder.
(El Rey entra en el castillo seguido de Ludovico.)

ENRICO. (Viniendo al centro de la escena, y dirigiéndose á la habitacion de Estela.)
¡Bendita ley del honor!
¡Qué poderosa es tu ley!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Jardin.—En el centro de la escena la estátua de Vénus.—Bancos de piedra.—En primer término, á la izquierda, una enramada practicable.

ESCENA PRIMERA.

El REY, TEOBALDO, ENRICO, LUDOVICO.

TEOB. No es bien que más tiempo aguarde
ni de esperar me entretenga,
que bien, por presto que venga,
no dejará de ser tarde.

REY. Que yo he tratado, es verdad,
este casamiento justo,
y yo te ofrecí mi gusto
pero no su voluntad.
Á la infanta dije yo
mi intencion, y en ella ví
ni bien concedido el sí,
ni bien declarado el no.
De esta manera han pasado
muchos dias, y te dan,

con favores de galan,
licencias de desposado.
Hoy quiero verla y hablarla:
y aunque su obediencia sé,
aconsejarla podré,
pero no podré obligarla.

TEOB. Pues si tú has de hablarla, es vano
el favor que me prometo,
pues te ha de tener respeto
por su rey y por su hermano;
y aunque tenga voluntad
ha de negártela á tí,
que fuera el decirte sí,
al parecer, libertad.
Que la hables te suplico
de mi parte y con tu intento
quien sepa mi pensamiento.

REY. Presente está Ludovico...
y Enrico; en los dos advierte
quién puede hablarla mejor.

TEOB. Uno de los dos, señor.

LUDOV. (Al Rey.) Su alteza ha venido á verte.

REY. Pues quédese así, y despues
se verá mejor.

ENRICO. (¡Ay, cielos,
tan adelantados celos!
qué cierto mi daño es!)

ESCENA II.

EL REY, ENRICO, LUDOVICO, TEOBALDO y FLERIDA.

FLERIDA. Látigo y espuelas hoy?

REY. Sí hermana, por disipar
no sé qué oculto pesar,
á salir al campo voy.

FLERIDA. Oi decir que no tenia
salud vuestra majestad,
y vine á verle.

REY. Es verdad;
una gran melancolía

me aflige.

FLERIDA. ¡Qué injusta ley!
¿En qué la pena consiste?
¿De qué un rey puede estar triste?

REY. ¿No es hombre tambien el rey?
¡Ay, hermana, si quisieras
cuando en tus manos me ofrezco,
templar el mal que padezco,
qué fácilmente pudieras!

FLERIDA. Pues eso dudas, señor?
Si importa á tu bien mi vida,
mírala á tus piés rendida.

REY. Retiraos todos. (Se alejan todos.) Mejor
se remedia mi mortal
pena.

FLERIDA. Contarla procura,
que ningun médico cura
sin informarse del mal.

REY. Ya sabes, Flérida bella,
que á caza al monte salí
el dia que despeñada,
para todos fué infeliz:
donde tú hallaste la vida,
yo la libertad perdí;
y mil veces la perdiera,
si la rescatara mil.
Yo en aquel dia ví á Estela,
condesa de Salveric.
Llegué á hablarla tan turbado,
que yo pude presumir
que era mudo, y que los ojos
sin duda hablaron por mí.
Á su padre y á su hermano
cargos y oficios les dí
porque á la córte vinieran;
mas poco importa el venir,
pues despues que en ella vive,
más cruel, sin advertir
en mi poder, me desprecia
tiranamente feliz.
No tengo lugar de hablarla,
y pues hoy ha de venir

á verte, dile las penas
que por su causa sentí.
Que yo turbado y rendido
sólo te sabré decir,
que al principio de mi amor
estoy de mi vida al fin.

FLERIDA. Aunque de amor ignorante,
en él te quiero servir.
Dando tu tristeza causa,
ven esta tarde al jardin,
y escónde entre la fuente
de Venus, que por allí
pasaré yo con Estela;
tú entónces podrás salir
y hablarla.

REY. Me das la vida.
Quédate, Flérida, aquí,
mientras á la fuente vengo.
(La industria he de prevenir;
porque si contra el honor
no hay poder, industria sí.)
(Se va seguido de Ludovico y caballeros.

ESCENA III.

FLÉRIDA, TEOBALDO, ENRICO.

TEOB. En mí un esclavo teneis,
de quien servida sereis
si yo os merezco.

FLERIDA. Mirad
que se va su majestad.

TEOB. Y aqueso me respondeis?
Pero no ha sido en mi daño
el fin de tan dulce engaño;
tu desprecio no es rigor:
que ya merece un favor,
quien alcanza un desengaño.

ESCENA IV.

FLÉRIDA, ENRICO.

FLERIDA. (Remedio me pide á mí
mi hermano, y yo le doy medio
á sus desdichas aquí,
que es muy propio el dar remedio,
quien no le halla para sí:
aquí Enrico se ha quedado;
¿quién pudiera hablarle, quién
manifestarle sus cuidados,
y revelarle tambien
celos que á mi amor ha dado?)
ENRICO. (Qué miro! ya el rey se ha ido,
y yo en mis dulces antojos
he quedado divertido,
que puesta el alma en los ojos,
son imanes del sentido.—
Amor, tanto os atreveis,
de esta suerte os vencereis.)
FLERIDA. Espera, Enrico.
ENRICO. Mirad
que se va su majestad.
FLERIDA. Y aqueso me respondeis?
ENRICO. Yo, señora, he respondido
lo que...
FLERIDA. Ya tengo entendido.
ENRICO. No tengo esperanza ya:
vóime, porque el rey se va.
FLERIDA. No se va, que ya se ha ido.—
Y supuesto que llegais
ahora á buena ocasion,
quiero que me deshagais,
Enrico, una confusion,
que á todo palacio dais.
Mis damas han reparado
en que sois siempre el primero
que con más firme cuidado
os mostrais en el terrero
más galan y enamorado.

Siempre divertido os ven,
y en las acciones mostrais
efectos de querer bien,
y como no os declarais,
desean saber á quién.
No se os conocen colores.
nunca pretendeis lugar,
siempre publicais rigores.
solo salis á danzar.
á nadie pedis favores:
todas quisieran que fuera
quien el secreto supiera:
bien podeis decirme quién.
que si yo quisiera bien,
de esta suerte lo dijera.

ENRICO. Al sol con vanos antojos
y con arrogancia loca.
ofrecí el alma en despojos.
que no negará la boca
lo que confiesan los ojos.
Ambicioso de mi bien.
hasta el cielo me atreví:
verdad es que quiero bien:
pero, qué fuera de mí.
si tú supieras á quién?
No lo diré, que si fuera
posible que el mundo hallara
otro yo, no lo dijera,
que aun á mí me lo negará,
porque yo no lo supiera.
El que satisfecho adora,
contando su mal, mejora,
porque algun placer alcanza:
quien quiere sin esperanza,
presto el desengaño llora.
Si yo te quisiera á tí,
(pongo el caso), y lo dijera,
no te ofendieras de mí.
y en aquel punto perdiera
lo que estoy gozando aquí?
Pues no he de buscar mi daño,
sino vivir con mi engaño:

yo he de morir y callar,
porque más quiero esperar
la muerte que un desengaño.
Callando, el alma procura
una gloria tan segura;
pero ahora sólo siento
mi pequeño atrevimiento,
no mi pequeña ventura.
Pues si yo dijera aquí
esta desdicha importuna,
dos culpas hubiera en mí:
el decirlo fuera una,
y otra el decírtelo á tí.
Pues cuando supiera ella
tanto querer, tanto amar;
siendo tercera tan bella,
pienso que fuera buscar
con todo el sol, una estrella.

FLERIDA. Mal á estos tiempos conviene
vuestro amoroso rigor;
pues el galan que á ellos viene,
no sólo dice su amor,
pero dice el que no tiene.
No digo que os declareis,
pero que no lo negueis,
si es la dama que sospecho.

ENRICO. Yo lo diré, satisfecho
de que no la nombrareis.

FLERIDA. Es Belisarda?

ENRICO. No es ella,
ni de sus luces centella.

FLERIDA. Y Celia?

ENRICO. Es más su hermosura.

FLERIDA. Es Jacinta por ventura?

ENRICO. Es más discreta y más bella!

FLERIDA. Es Flora, ó Laura?

ENRICO. Por Dios,
no es ninguna de las dos.

FLERIDA. Es Arminda?

ENRICO. No os canseis;
porque no la nombrareis,
sino es que os nombreis á vos:

que entónces, aunque seria
tan grande mi atrevimiento,
presumo que él se diria;
y no por el sentimiento,
sino por la cortesía.

FLERIDA. Yo quiero hacer un favor
á quien tan bien sabe amar:
tomad, Enrico, esta flor;
con ella habeis de enseñar
á quien teneis tanto amor.
Con aquesta seña bella
vuestro dueño me direis,
porque en quien llegare á vella
es señal que la quereis.

ENRICO. Pues vos os quedad con ella:
que si tanta gloria gano,
y aquesta rosa me obliga
para que mi dueño diga,
muy bien está en vuestra mano.
No la quiero, por huir
la ocasion que viene á vella;
en vuestra mano ha de ir:
que si ha de volver á ella,
mejor será no salir.
Porque si yo os la volviera
despues de haberla tomado,
grande atrevimiento fuera;
pues con habérosla dado,
quien es mi dueño dijera.
Si tan desdichado soy
que de aquesto os ofendeis,
disculpado en todo estoy;
pues vos la rosa teneis,
que yo mismo no os la doy.

FLERIDA. Tomad la rosa, por ver
á quien la vais á ofrecer.

ENRICO. Pues vos no os habeis de ir,
que ya lo quiero decir.

FLERIDA. Ya no lo quiero saber. (Váse.)

ENRICO. Oye, Flérida:—ya es ida,
ya me determiné tarde;
la ocasion perdí, y la vida.

Más qué propio es del cobarde
llorar la ocasion perdida!
Si en ventura tan segura
el tiempo, y lugar me sobran,
y los pierdo, qué procura
mi amor, si nunca se cobran
tiempo, lugar y ventura.
No estaba Flérida aquí,
y ella no me preguntó
á quién adoraba? Sí.
Pues de qué me quejo yo,
si yo la ocasion perdí?
Toma tú la rosa bella,
que en tus manos está bien:
vuelva á su cielo esta estrella,
tú eres á quien quiero bien
pues mi amor digo con ella.—
Mas qué es esto? hay tal locura!
mis penas la digo cuando
no las oye su hermosura?
Muera aquel que pierde amando
tiempo, lugar y ventura.

ESCENA V.

ENRICO, TOSCO.

TOSCO. No es Enrico aquel que está
hablando consigo? Sí.
Señor?

ENRICO. Cómo entraste aquí.

TOSCO. Todos estamos acá:
por Dios, hasta acá me he entrado,
á pesar de los porteros,
de las bardas y albarderos.

ENRICO. ¿Y hasta el jardin has llegado?
¿Pues qué tengo de decir
si te ven á dónde estás?

TOSCO. ¿Pueden obligarme á más
de á que me vuelva á salir?
De aposento en aposento
vine, y ví á todos vestidos

tan galanes, tan polidos,
que el verlos daba contento.

ENRICO. El Rey es éste.

TOSCO. Ay de mí!

ENRICO. Hoy has de echarme á perder.

TOSCO. ¿Qué es lo que tengo de hacer?

ENRICO. Escóndete, Tosco, allí,
y que no te vea mira.

TOSCO. Eso de ver ó no ver
él es el que lo ha de hacer.

ESCENA VI.

REY, LUDOVICO, ENRICO y TOSCO, escondido en la enramada.

ENRICO. (Á Tosco.) Á esta parte te retira.

REY. Alguna esperanza gano.
Enrico?

ENRICO. Á tus piés estoy.

REY. (¿Que á ninguna parte voy
donde no encuentre este hermano?)

ENRICO. Qué me mandas?

REY. Hoy confio
de tu cordura un secreto.
y de mi gusto el efeto
de tu entendimiento fio.
Teobaldo y la infanta... Ahora
la ocasion has de notar.

ENRICO. Que en fin él se ha de casar
con la infanta mi señora?

REY. Si me dejaras decir
el preguntar te excusáras.

ENRICO. Yo tambien, señor. callara,
si me dejaras sentir.

REY. Por quitarte la ocasion
de tantas preguntas fieras,
quise, Enrico, que supieras
de la infanta la intencion.
Vé á hablarla y dila el intento
que para esto me obliga;
que su voluntad te diga,
su gusto y su pensamiento;

que sólo su gusto sigo
en lo que quiero intentar,
y que si se ha de casar
que me responda contigo.

ENRICO. Bien el intento has fiado,
señor, de mi amor fïel,
porque ninguno más que el
el saberlo ha deseado.
Yo iré á saberlo y me obligo
ser feliz, si al preguntar
si se pretende casar,
te respondiese conmigo.

ESCENA VII.

REY, LUDOVICO y TOSCO.

REY. Fuése ya.
LUDOV. Si ya se ha ido
bien le supiste engañar.
REY. Vete, que aquí he de esperar
en esta fuente escondido.
LUDOV. Mira...
REY. Ya mi gusto es ley,
y no hay temor que me asombre?
(Ludovico desaparece por el fondo.)
Mas qué miro! no es un hombre!
TOSCO. Ya me vió y me revió el Rey.
REY. Quién eres?
TOSCO. Tosco, señor.
REY. Y el nombre?
TOSCO. Tosco.
REY. Qué quieres?
TOSCO. Quiero lo que tú quisieres.
REY. Traidor.
TOSCO. Só Tosco traidor.
REY. Qué haces?
TOSCO. Muerto só, ay de mí!
Iréme, que á esto he venido.
REY. Y por qué te has escondido?
Cómo aquí has entrado?

TOSCO. Hoy ví
el palacio, y engañado
de los ojos he venido
hasta aquí, y me he escondido
porque mi amo me ha mandado
que me escondiera de tí,
y fué porque no me vieras
con aquestas pedorreras.

REY. Quién es tu amo?

TOSCO. (¡Ay de mí!
Sólo en verle me desmayo.)
—Enrico: yo allá, señor,
era tosco labrador,
y acá so Tosco lacayo.
No me ve que no me tapa
esta capa la calcilla?
Si otra es capa de capilla,
esta es capilla de capa.
Y siempre tan cortés fué
que á ninguno se igualó,
pues aunque me siente yo,
ella se me queda en pie.

REY. De Enrico eres...

TOSCO. Lo seré
si no te disgustas de esto.

REY. Dónde está Estela?

TOSCO. Muy presto
con la respuesta vendré.

REY. Quiero que de ella me digas:
que es tan bella tu ama Estela?
Dime la verdad.

TOSCO. Diréla:
que eres rey y á mucho obligas.
Estela es coja y mulata
aunque tan blanca la ves:
zurda y tuerta, porque es
el ojo izquierdo de prata.
Seis dedos en una mano
tiene, y con tormento eterno,
sabañones en invierno,
y uñeros en el verano.
Una sarna le acompaña

tanto, que nunca la deja;
y aunque aquesta es tacha vieja,
tiene una pata tamaña.
Los dientes, aunque esto pasa,
señor, como cosa poca,
son huéspedes de su boca
que se mudan á otra casa.
Estar trópica no es nada
teniendo tan gran barriga,
que no hay nadie que no diga:
«Estela está tropicada.»
Y cuando por su trabajo
el moño se está poniendo,
pienso que le está diciendo
al cabello que hay debajo:
tú que me miras á mí
mártir de rizado aseo,
no te caigas, tente en tí,
que cual tú te ves me ví,
te verás cual yo me veo.
Y con esto, si me das
licencia, me quiero ir,
que yo volveré á decir
cuatrocientas cosas más.

ESCENA VIII.

El REY, FLÉRIDA y ESTELA.

REY. Vete, que Estela y mi hermana
se dirigen á este sitio.
Ocúlteme de sus ojos
este paraje sombrío. (Se oculta.)
FLERIDA. Qué te parece el jardin?
ESTELA. Que es de tu grandeza digno.
FLERIDA. Vesme tan de tarde en tarde...
ESTELA. Qué disculpes te suplico
esta culpa, si la tengo.
Triste estoy.
FLERIDA. Ese es indicio
de amor: amas?
ESTELA. No.

FLERIDA. Ay, Estela!
¿Tan neciamente has vivido?
REY. (Ya Estela llega á la fuente.)

ESCENA IX.

ESTELA, FLÉRIDA, ENRICO y REY, oculto.

ENRICO. Buscándote vengo. (Á Flérida.)
ESTELA. Enrico...
FLERIDA. Enrico. (Ay de mí si acaso
este mí amor ha entendido,
y se declara ignorando
que está aquí el Rey.)
ENRICO. Ya te ha dicho
mi turbacion lo que siento.
FLERIDA. (Él se declara conmigo.)
ENRICO. El Rey trata de casarte,
y yo vengo...
FLERIDA. (Qué haré?) Enrico,
si casarme el Rey pretende...
ENRICO. Óyeme.
FLERIDA. Ya te he entendido:
diráslé al Rey, que no tengo
más gusto que su albedrío.
ENRICO. Y sabes ya que es Teobaldo
el que te dan por marido?
FLERIDA. Ya lo sé.
ENRICO. Pues ya, señora,
del Rey el recado he dicho,
y soy otro del que era;
escucha un recado mio.
Esta flor...
FLERIDA. (El Rey lo escucha;
qué he de hacer?) Vente conmigo,
Enrico, si hablarme quieres.
ENRICO. Pues, Estela, yo te pido
me esperes aquí.
ESTELA. No tardes
en volver, hermano mio.
(Flérida y Enrico desaparecen por la derecha.)

ESCENA X.

ESTELA, el REY.

REY. (Ya se perdieron de vista.)
ESTELA. Hácia esta parte oigo ruido...
Es el Rey, que por la redes
de los jazmines le he visto.
Disimular me conviene;
y pues me escucha ofendido,
diréle mi sentimiento
como que á Vénus le digo.
—Hermosa madre de amor,
que áun entre mármoles frios
gozas de Adonis los brazos,
con tantos nudos lascivos;
dile á que ese niño dios
si te obedece por hijo,
que yo sola á su pesar
de sus engaños me libro;
porque si fuere posible
que me quisiera el Rey mismo,
si el Rey quisiera intentar
cosa contra el honor mio,
(que no es posible que ofenda
el honor más claro y limpio)
al mismo Rey le dijera
que en más que su reino estimo
y más que el mundo mi honor.
REY. (Apareciendo delante de la enramada.)
Si á un mármol helado y frio
cuentas tus males, escucha,
pues eres mármol, los mios.
Escucha, Estela, mis quejas:
no diga Vénus que has sido
tú conmigo más ingrata,
que lo es un mármol contigo.
ESTELA. Porque de mí no se queje
ni culpe el recato mio,
vuestra majestad, señor,
que me escuche le suplico.

REY. Si es culparme, ya bastan tus enojos;
no culpes, no, mi amor, culpa tus ojos.
ESTELA. Si vuestra majestad verme queria,
por qué más descubierto no venia?
No se encubriera si mi amor buscara,
que nunca el que hizo bien huyó la cara.
REY. (Tomando osadamente la mano de Estela.)
Dame á besar aquí tu blanca mano.
ESTELA. (Pugnando por desasirse del Rey.)
Ruegas, señor, en vano.
REY. Más tu desden aviva mi deseo;
que ya en mis lábios veo
su nieve hermosa y bella.
ESTELA. Suelta, señor.
REY. Pues tápame con ella
la boca y callaré.
(Enrico apareciendo por la derecha.)

ESCENA XI.

ESTELA, el REY y ENRICO, oculto.

ENRICO. (Qué miro, Cielos!
Sin los celos de amor da el honor celos?
Pero erraron los labios;
que estos ya no son celos, sino agravios.)
ESTELA. Suelta, suelta la mano,
que viene, ay de mí triste, allí mi hermano.
Tu majestad se esconda.
REY. Ya no puedo:
amor pudo esconderme, mas no el miedo.
ESTELA. Escóndete por mí.
REY. Sólo pudiera
ese ruego alcanzar que me escondiera.
(Se oculta en la enramada de la izquierda.)
ENRICO. (Allí el Rey se ha escondido;
claro es que me ha ofendido.
Aquí de mi razon la fuerza hallo,
pues teme el Rey á tan leal vasallo.)
—Hermana, qué mirabas en las fuentes
con tantos artificios diferentes,
mármoles y figuras?

ESTELA. Estaba contemplando sus pinturas.
ENRICO. Es propio de los reyes
tener grandezas tales.
Bustos hay que parecen naturales;
(mal mi enojo resisto.)
Mas pienso, hermana, que el mejor no has
Llega, y verásle. [visto!
ESTELA. (Ay, cielos! él se atreve
á descubrir al Rey, y él no se mueve.
ENRICO. (Parándose delante de la enramada que oculta al Rey.)
Este es del Rey tan natural retrato,
que cuando le contemplo frente á frente
á sus plantas me inclino reverente.
(Se descubre.)
Mas si el Rey me ofendiera
de suerte que en la honra me tocara,
viniera á este retrato y me quejara.
Y entónces le dijera,
que los cristianos reyes
no han de romper el límite á las leyes;
que mirase que tiene sus estados
quizá por mis mayores conservados,
con su sangre adquiridos,
tan bien ganados como defendidos.
REY. (Qué arrogante y soberbio atrevimiento!)

ESCENA XII.

ESTELA, REY, ENRICO, TEOBALDO, LUDOVICO y CABALLEROS.

TEOB. Aquí está el rey.
REY. Faltóme el sufrimiento.
ENRICO. (Al Rey.) Aqueste atrevimiento tuyo ha sido.
REY. (Tocando á Enrico en el rostro con un latiguillo.)
Fuiste desvergonzado y atrevido.
ENRICO. (Despues de serenarse.)
Ofenderme pudiste, no afrentarme;
y pues en tí no puedo,
que eres mi Rey, vengarme,
satisfaré mi ofensa en los testigos.
LUDOV. Tú contra el Rey.

TEOB. Señor, contigo estamos.
ENRICO. (Desnudando la espada y dirigiéndose á Teobaldo.)
Defiéndete.
TEOB. (Cruzando su espada con la de Enrico.)
Veamos.
ESTELA. Enrico!
TEOB. (Sintiéndose herido.)
¡Ay de mí triste!
ENRICO. ¡Muere, infeliz! pues mi desdicha viste.
REY. Tú para mí la espada?
ENRICO. (Rindiéndola ante el Rey.)
Rendida está á tus plantas y arrojada:
no quiera el cielo que en tu ofensa sea,
ni que infame se vea
con tu sangre manchada;
si ofenderme pudieras,
mi agravio hubiera sido
solamente el haberme defendido.
Un rayo he sido de arrogancia lleno,
que en mi rostro causó tu mano el trueno:
y respondiendo el fuego de mi pecho
le dejé en otra muerte satisfecho.
Un arcabuz cuando la llama toca,
el fuego la responde por la boca:
diste á mi rostro el fuego
y reventó por los sentidos luégo;
que no pude, aunque bárbaro inhumano,
suspender la cruel mano:
y ya que tales mis desdichas fueron,
pude hacer atrevido
que no las digan ya los que las vieron;
que si la sangre lava
esta desdicha brava,
eres mi rey, no puedo con la tuya,
y fué fuerza lavarla con la suya.

ESCENA XIII.

ESTELA, REY, ENRICO, LUDOVICO, el CONDE DE SALVERIC y CABALLEROS.

CONDE. ¿Quién á Teobaldo hirió? ¿pues tú la espada

para el rey y la mano ensangrentada?
¿Pues, Enrico, qué es esto?

ENRICO. Es la desdicha en que el honor me ha puesto.

REY. (Viniendo al centro de lo escena.)
Vos sois de mi consejo, noble Conde;
fallar en esta causa os corresponde.
Enrico hirió á Teobaldo airado y ciego;
ved el delito y castigadlo luégo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon cerrado. Puerta en el fondo y segundo término de la derecha, con cerrojos.

ESCENA PRIMERA.

ENRICO, LUDOVICO y TOSCO.

LUDOV. Bien estás en esta parte
del palacio, que es la más
retirada, yo ademas
debo en ella acompañarte.
Compasivo el Rey desea
que te sirva de prision
esta oculta habitacion,
y que yo tu alcaide sea.
Que contigo este criado
quede, y que juntos los dos,
preso éste tambien.

TOSCO. ¡Por Dios!
¿Conmigo el Rey enojado?
¿Qué hice yo para estar preso?
Á tener yo hermana bella

complaciera al Rey con ella
sin enojarme por eso.

LUDOV. Tu más riguroso juez
es tu padre.

ENRICO. ¡Padre mio!
Yo honré sus canas, y aún fio
honrarlas más esta vez.
De mortal angustia lleno
su fallo en mí ha de caer:
buen juez será; ¿no ha de ser?
en todo es mi padre bueno.

LUDOV. Ya Teobaldo de la herida
convaleció, y ha quedado
con salud.

ENRICO. Hubiera dado
en albricias de su vida
la que tengo.

LUDOV. Á más, Enrico,
como despues ha de ir
Estela misma á pedir
tu vida al Rey...

ENRICO. ¡Ludovico!
Que á pedir mi vida ha de ir
Estela? ¿Puede olvidar
lo que se obliga á pagar
el que se arroja á pedir?
Ay, Ludovico, ay, amigo,
¡quién estorbarla pudiera
que ni le hablara ni viera?

LUDOV. Si hay remedio, yo me obligo...

ENRICO. ¿Qué remedio puede haber?
uno sólo: haced de modo,
si de mí os fiais...

LUDOV. En todo.

ENRICO. Que Estela me venga á ver.
No os cause ningun temor
el de mi seguridad;
fiad, pues, la libertad
de quien os fia el honor.

LUDOV. Te ofrecí mi leal ayuda;
y al habértela ofrecido,
nada en mi daño he temido,

ni tu lealtad puse en duda.
No te consideres preso,
que sin temer ni dudar,
las guardas te he de quitar.

ENRICO. Más me las poneis con eso;
que la confianza es
prision del alma.

LUDOV. (Dirigiéndose á dos centinelas que guardan la puerta del foro.)
Las puertas
todas se queden abiertas.
(Los soldados desaparecen á la órden de Ludovico.)
Voy por Estela.

ENRICO. Adios, pues.

ESCENA II.

ENRICO, TOSCO.

TOSCO. Señor, ya solos estamos;
y de par en par las puertas
sin guardas están y abiertas.

ENRICO. Pues qué quieres?

TOSCO. Que nos vamos.

ENRICO. Viven los cielos, villano,
bajo, vil, que si no fuera
afrenta mia, te diera
hoy la muerte con mi mano.
Yo ofender, siendo testigo
el mundo de mi grandeza,
la confianza, la nobleza
y la lealtad de un amigo?
¿Ese consuelo me ofreces?
¿Aqueso me has de decir?

TOSCO. Sí, señor, porque el morir
no es burla para dos veces.

ESCENA III.

ENRICO, TOSCO, FLÉRIDA.

FLERIDA. (Apareciendo cautelosamente por la puerta del foro

Sin guardas están las puertas,
y abiertas todas.

ENRICO. ¿Quién viene?
¡Flérida!

FLERIDA. ¡Enrico!

ENRICO. ¿Pues tú
hasta mi prision desciendes?
¿Qué es esto, Flérida, cómo
te aventuras de esta suerte?

FLERIDA. Flérida soy, noble Enrico.

ENRICO. Qué te trae! ¿Por qué vienes?

FLERIDA. Enrico, Flérida soy;
que ahora vengo yo á ofrecerte
el fruto de aquella flor,
siempre en mí esperanza alegre.
Toma dineros y joyas;
yo quiero en salvo ponerte.
Á la puerta del castillo
está un caballo, que excede
al viento en la ligereza,
y el temor hará que vuele.
Sin guardas están las puertas,
y cuando muchas tuviese,
no temas, que al son del oro
las más vigilantes duermen.
Vete, pues, y plegue al cielo
que algun dia más alegre,
pues pago lo que te debo,
me pagues lo que me debes.

TOSCO. Vive Cristo, que á mí amo
joyas y caballo ofrece,
y nada me ofrece á mí.
¿Qué apostamos que no tiene
ni un borrico para Tosco?

ENRICO. ¿Ay, Flérida, qué pretendes?
Yo no puedo aceptar, Flérida,
la libertad que me ofreces.
Con seguras confianzas
preso un amigo me tiene,
que la libertad del alma
son las prisiones más fuertes.
No puedo romper la fe;

y áun es bien que consideres
que no puede ser traidor
quien tiene amigos tan fieles.
Él la libertad me fia,
tú la libertad me ofreces,
y evitar el mayor daño
es menor inconveniente.
Vete, y déjame rendido
en las manos de la muerte,
que harto me sobran los males
cuando no acepto tus bienes.

FLERIDA. Mira, Enrico, lo que dices;
que te pierdes, y me pierdes.
Mira que un Rey ofendido
es arma que amaga y hiere.
Mira que el Rey va á venir
á tus prisiones á verte;
que la ofensa ha sido grave,
y estás perdido si viene.
Mira lo que quieres más,
si es que otra cosa más quieres.
¿Quieres que sea yo misma
quien firme y alta la frente
entre el Rey y tú interponga
mis súplicas vehementes,
mis lágrimas, mis suspiros,
mis congojas y mi muerte,
y atribulada á sus plantas
llore, grite, gima y pene?
¿Qué quieres que haga por tí?
¿Quieres que á Teobaldo ruegue
que pida tu vida al Rey,
que ser sólo mia debe?
Dime, Enrico, por tu vida,
qué deseas, qué apeteces?

ENRICO. Ay, Flérida, que el respeto
fuerza es que mi labio selle.
Tú eres hermana del Rey;
tú me amas y me ofreces
la libertad, y el Rey manda
que ni me ames ni la aceptes.
Pues si yo al mismo Rey llego

cuando á mi hermana se atreve,
con qué razon, siendo él Rey,
puedo á la suya atreverme?
Bueno fuera que buscara
tan en mi favor las leyes,
que las observase el Rey,
para que yo las rompiese.
Vete, Flérida, y el cielo
tus alegrías aumente,
Teobaldo te goce, ay triste,
pues él sólo te merece,
y que dichoso en tus brazos
con mil regalos alegres,
como marido te estime,
como galan te requiebre,
y déjame á mí olvidado
en los brazos de la muerte.

FLERIDA. No te arrepientas despues;
mira, Enrico, que no vuelve
la ocasion á quien la deja,
ni la halle quien la pierde:
quien desprecia enamorado,
ciego está ó está demente.
El amor mis pasos guia.

ENRICO. Honor los mios contiene.

FLERIDA. Amor pide...

ENRICO. Honor ordena...

FLERIDA. De este modo...

ENRICO. De esta suerte...

FLERIDA. Que huyas de aquí y me ames.

ENRICO. Que huya tu amor y me quede.

FLERIDA. No hagas del favor desprecio,
mira que me voy.

ENRICO. Pues vete.

FLERIDA. Enrico, adios.

ENRICO. Él te guarde.

TOSCO. ¡Ah señor, que no hay, advierte,
dos infantas ni dos vidas!

FLERIDA. (Alejándose.)
¿Qué, no me llamas?

ENRICO. ¿Qué, vuelves?

FLERIDA. Pues aunque me llames ya...

ENRICO. Llamarte yo? ni lo pienses.—
Flérida?
FLERIDA. En vano me llamas,
que ya no he de responderte.
(Desaparece Flérida por el foro.)
ENRICO. Yo nunca te llamaré.—
¿Fuése ya Flérida?
TOSCO. Fuése.
ENRICO. Flérida, oye: oye, Flérida.
TOSCO. Á buena hora mangas verdes.
ENRICO. ¡Ay honor, lo que me cuestas!
TOSCO. ¡Ay señor, qué nécio eres!

ESCENA IV.

ENRICO, TOSCO, ESTELA, LUDOVICO.

LUDOV. Venid, señora, aquí está.
(Á Enrico.) Estela es esta que ves.
ESTELA. ¡Enrico!
ENRICO. ¡Estela!
LUDOV. Despues
á este sitio el Rey vendrá.
Fuerza es que en aquel instante
te vuelvas á la prision;
yo accecharé la ocasion
y vendré del Rey delante.

ESCENA V.

ESTELA, ENRICO.

ESTELA. ¿Pues qué es esto, hermano mio?
Cuando al fin te vengo á hallar,
noto no sé qué pesar
en tu semblante sombrío.
ENRICO. Mi afligido pensanmiento
en tan confusos enojos,
haciendo lengua los ojos
dígate mi sentimiento.
Algo se alivia mi pena
viendo que al cabo esta vez
es mi propio padre juez

de mi causa, y me condena.
Él, á su honor siempre fiel,
á mi vida le antepone;
y tú, que él te lo perdone,
no procedes como él.

ESTELA. ¡Enrico!

ENRICO. Deten la lengua,
si te vas á disculpar.
(Asiéndola de una mano.)
Dime: ¿qué ibas á intentar
del honor, Estela, en mengua?
¿Qué profundo sentimiento
tu razon ha suspendido?
Sin duda que has desistido
de tu loco atrevimiento.
¡Cuál te turba mi presencia!
En el trance en que me veo,
yo tu obediencia deseo,
pero no tu competencia.
Á pedir ibas mi vida
al Rey? Cuando yo te fio
no ménos que el honor mio,
le ultrajas inadvertida!
Escucha, desventurada,
pues tan insensata eres:
¿mi vida al Rey pedir quieres?
no le pidas al Rey nada.
Si hasta el Rey por tí osé yo,
pueda su mano homicida
quitar á Enrico la vida,
pero deshonrarle, no.

ESTELA. Aumente el pesar mi llanto
pues aumenta tu dolor.
¡La vida costais, honor!
No sé yo si valeis tanto.

ENRICO. Estela, qué osas decir?

ESTELA. Enrico, cuál es advierte
mi desventurada suerte
que he de dejarte morir.
No dudes, Enrico, no,
de mi honra esclarecida;
pero á trueque de tu vida,

toda el alma diera yo.
Dártela, Enrico, procuro,
al Rey llegando arrojada;
por tu honor no temas nada,
que en tí no está más seguro.
Mi planta no has de atajar
en causa tan extremada:
yo altiva y determinada,
tu vida quiero salvar;
que un nuevo aliento me inflama
que ha de darme mayor gloria
perpetuando mi memoria
en el templo de la fama.
Al Rey acudir intento...—
No repliques: soy quien soy,
y en el paso que á dar voy
te llevo en el pensamiento.
Si á mi honor osara impío,
para resistir su amor
sobra á mi pecho valor,
fe al alma y al brazo brío.

ENRICO. La ley arranca la vida
del que airado al Rey se atreve.

ESTELA. Tambien sobre él caer debe
nuestra sangre esclarecida.

ENRICO. ¡La tuya!

ESTELA. Darla sabré
en tan arriesgado extremo.
Tu hermana soy, y no temo
la muerte: al Rey llegaré.

ENRICO. Mas si el Rey, que ciego está,
tiende á tu honor torpes lazos...

ESTELA. Ántes que suya en sus brazos,
muerta á sus piés me verá.

ENRICO. ¡Eso sí! inmenso placer
me das, hermana querida.
Mas... si vas desprevenida,
cómo te has de defender?

ESTELA. Á decírtelo me obliga
tu voz: en trance tan fiero,
aún guardo, Enrico, este acero. (Mostrándole.)

ENRICO. Estela, Dios te bendiga!

ESTELA. Iréme á los piés del Rey,
á ver si puedo, ofendida,
romper, pidiendo tu vida,
los límites á la ley.
ENRICO. Mas si el Rey airado y fuerte
rompiese los de la fe...
ESTELA. Con mis manos me daré
en su presencia la muerte.
ENRICO. Háblame de eso... habla más!
ESTELA. El honor mis pasos guia.
ENRICO. ¡No sabes, hermana mia,
el consuelo que me das!—
Ya sólo quiero de tí,
pues fuerza es que me abandones,
Estela, que me perdones
lo mucho que te ofendí.
ESTELA. ¿Qué dices?
ENRICO. De tí dudé.
Perdóname, estaba loco.
ESTELA. Mi perdon, Enrico, es poco;
¡toda el alma te daré!
ENRICO. Yo mis brazos.
ESTELA. Feliz yo
que así en tus brazos me veo.
ENRICO. Á tanta dicha no creo
que otra alguna se igualó.

ESCENA VI.

ESTELA, ENRICO, LUDOVICO y TOSCO.

LUDOV. Enrico, el Rey va á llegar. (Á Estela.)
Salid.
ESTELA. ¡Penosa partida!
¡Enrico!
ENRICO. ¡Estela querida!
ESTELA. Espera.
ENRICO. Aquí he de esperar.
LUDOV. Partid pronto.
ESTELA. ¡Adios!
ENRICO. ¡Adios!

ESCENA VII.

ENRICO, LUDOVICO y TOSCO.

LUDOV. Enrico...
(Ludovico acompaña á Enrico á la puerta primera de la derecha, por la que Enrico desaparece.)
¡Hola!
TOSCO. ¿Eso es á mí?
LUDOV. ¿Pues á quién?
TOSCO. ¿Hola á mí?
LUDOV. Sí.
TOSCO. ¡Yo no so hola, juro á ños!
(Ludovico hace entrar á Tosco en la prision de Enrico, y despues de cerrarle desaparece por el foro.)

ESCENA VIII.

FLÉRIDA, el CONDE DE SALVERIC, TEOBALDO.

CONDE. Aquesto has de hacer por mí.
TEOB. Verás cómo al Rey suplico
que le dé la vida á Enrico.
CONDE. Eso el Rey hará por tí.
Siempre el perdonar ha sido
piadosa y cristiana ley.
Su perdon pide tú al Rey:
yo, aunque á rogarte he venido,
en confusiones tan fieras
como mi pecho sintió,
quisiera pedirle yo
y no que tú le pidieras.
FLERIDA. Yo debo á Enrico la vida.
CONDE. Pues bien es que satisfagas
si lo que debes le pagas.
(Á Teobaldo.) Ha de ser encarecida
con el Rey la peticion.
TEOB. Y tú mismo lo verás,
puesto que presente estás.
CONDE. Él llega á buena ocasion.

ESCENA IX.

El REY, FLÉRIDA, el CONDE y TEOBALDO.

TEOB. Vuestra majestad, señor,
me dé por ventura tanta
á besar los piés.

REY. Levanta.
¿Cómo te sientes?

TEOB. Mejor
que pensé he convalecido:
y por sólo haber llegado
á tus piés, se ha adelantado
la salud.

REY. ¿Qué ha sucedido?
Levanta del suelo, y dí
qué quieres?

TEOB. Hasta tener
lo que pido me has de ver
rendido á tus piés así.
Una cólera, señor,
nunca previene razones;
ni son suyas las acciones,
y más tocando al honor.
Cuándo está más disculpado,
si de sentimiento lleno,
vive á la razon ajeno,
y á la prevencion negado.
Y pues te suplica ya
quien más agraviado es,
señor, que la vida des
hoy á Enrico...

REY. Basta ya.

FLERIDA. Yo, señor, agradecida,
en tan trágicos enojos,
con lágrimas de mis ojos
vengo á pedirte una vida.
Testigo fuiste, señor,
cuando con valientes modos
desamparada de todos
me dió vida su valor.

Justo será que le dé
teniendo por mí el perdon,
la suya en satisfaccion
hoy á Enrico.

REY. Por mi fe,
licencia el honor te dió,
si no es que de tí te olvidas,
para que su vida pidas,
para que la llores, no.

ESCENA X.

FLÉRIDA, REY, el CONDE, TEOBALDO, LUDOVICO.

LUDOV. Una dama á quien el manto
cubre el rostro, y cuya voz,
con suspiros sofocados
rompe el viento con temor,
á solas te quiere hablar.

REY. Dejadme solo.

FLERIDA.
CONDE. } Señor...
TEOB.

(Todos desaparecen por el foro Ludovico conduce á Estela, desapareciendo despues á la órden del Rey.)

ESCENA XII.

REY, ESTELA.

REY. Mujer, que llenas de asombro
mi cuitado corazon,
ántes de mirar tu rostro,
y ántes de escuchar tu voz,
por qué de mí te recatas?
Dime quién eres?

ESTELA. (Descubriéndose.) Yo soy.

REY. Tú solamente pudieras
causar tal admiracion
al alma, que ántes de verte
presumo que te adoró.
Ay, Estela! más que el ruego

pudo vencerte el rigor?
¿Recatada á verme vienes?
Vencida estás.

ESTELA. Eso no.

REY. Yo sé, Estela, que ha podido
más que el poder el amor.
Por la vida de tu hermano
vienes, que es justa razon
que se la dé humilde, quien
soberbia se la quitó.
En tu mano está su vida;
escoge, pues tengo yo
la justicia en la una mano
y en la otra mano el perdon.
Sólo soy Rey de Ingalaterra,
rendido amante no soy,
y he de vencer con rigores
lo que con súplicas no.
¿Cómo podrás defenderte
si en mi poder estás hoy?
Estela, yo te amo!

ESTELA. ¡Atrás!

REY. Vencida estás.

ESTELA. Es error.

REY. ¿Pues á lo que ven mis ojos
no he de dar crédito?

ESTELA. No.

REY. No ves que mi amor te llama,
y estamos solos los dos?
¿No ves que cerré las puertas?
¿No ves que á tu encuentro voy?

ESTELA. Rey, de mí no has de triunfar.

REY. Quién sabrá impedirlo.

ESTELA. Yo!—
Eduardo generoso
tercero de Ingalaterra,
de las tres brillantes rosas
luz, norte, amparo y defensa.
Tú, que en alas de la fama
siempre celebrado vuelas,
ocupando en tus memoris
voz, aplauso, trompa y lengua.

Yo soy Estela infeliz,
y de Salveric condesa,
por heredar de mi casa
nombre, honor, lustre y nobleza.
En Salveric retirada
viví, donde la aspereza
en la soledad me dieron
prados, montes, valles, selvas.
Vísteme en el campo un dia,
plugiera á Dios no me vieras.
ó que allí fuera á tus ojos
áspid, bruto, tigre ó fiera.
Negárame el sol la luz,
y sepultándome en ella,
fuera el claro dia noche
parda, oscura, triste y negra.
Desde aquel punto empezaste
á hacer amorosas muestras,
resistiendo con honor
gusto, amor, poder y fuerza.
Qué peña en el viento sorda,
que roca en el mar opuesta
á soplos y olas, que libres,
baten, gimen, braman, suenan,
como yo á suspiros tuyos,
como yo á lágrimas tiernas,
he sido al agua y al viento
risco, monte, roca y peña.
Qué esperanzas tienes mias,
para que así te prometas
ménos rigor? Pues porque
veas, oigas, notes, sepas
que la vida de mi hermano
no es bastante á que yo pierda
un átomo de honor, siendo
pasmo, horror, miedo y tragedia,
con este acero que miras
me daré muerte yo mesma,
si acaso la afrenta mia
buscas, quieres, ves ó intentas.
Si tienes hoy en tus manos
la justicia y la clemencia,

y buscas para mi agravio
muerte, horror, miedo y afrenta;
yo tambien tengo en las mias
con resolucion más cierta
viviendo y muriendo honrada,
vída, honor, luto y defensa.
Yo por la vida de Enrico
vine, ó á volver sin ella,
puesto que ha sido la mia
culpa, causa, miedo y pena;
para que el alma infelice,
en la misma sangre envuelta,
pida justicia, bañando
fuego, viento, mar y tierra.
Y conmoviendo á piedad,
siendo sola su inocencia,
y en cada gota mezclando
voz, gemido, llanto y pena;
porque en poblado los hombres,
porque en el monte las fieras,
porque en el aire las aves,
cielo, sol, luna, y estrellas,
aves, peces, brutos, plantas,
astros, signos y planetas;
digan, vean y publiquen,
oigan, noten, nombren, sepan,
que hay honor contra el poder,
que hay industria contra fuerza,
y que hay en mujeres nobles
vida, honor, lauro y defensa.

REY. Esconde, Estela, el riguroso acero,
no te vean con él, que hacer espero
inmortal esta hazaña.
Llegad aquí.

ESTELA. Severidad extraña.

(Se abren las puertas del fondo, en las que aparecen todos.)

ESCENA ÚLTIMA.

ESTELA, FLÉRIDA, REY, TEOBALDO, CONDE, LUDOVICO.
Luégo ENRICO y TOSCO y acompañamiento.

CONDE. Qué mandas?
REY. Ludovico,
dad libertad á Enrico.
(Ludovico entra en la prision de Enrico.)
REY. ¡Que una mujer ha sido
tan noble que el poder haya vencido!
¡Callen Porcia y Lucrecia, que ofendidas
despreciaron las vidas;
pero no de esta suerte
por honor se atrevieron á la muerte.
ENRICO. (Dirigiéndose á Teobaldo, que sale á su encuentro.)
Vos, Teobaldo, venis por mí?
TEOB. Quisiera
ser quien la vida y libertad os diera.
ENRICO. (Llegando hasta el Rey.)
Si á escuchar mi sentencia me has traido,
habiéndote de ver, piadosa ha sido;
pues la piedad declara,
que nadie muere en viendo al rey la cara.
TOSCO. Yo tambien quiero vella
por no morir; por cierto que es muy bella.
REY. Mis leales amigos;
á vuestro bien habeis de ser testigos,
que hoy quiero lisonjearos
con una reina que pretendo daros.
Estela es quien merece
partir conmigo la imperial corona
que luciente en mis sienes resplandece;
porque veais en tan feliz estado
vencido mi poder, su honor laureado.
ESTELA. No merezco esos piés.
REY. Y aun cuando fuera
del mundo emperador, lo mismo hiciera.
CONDE. Pues á mi reina quiero
besar la mano, siendo yo el primero

que la rinda obediencia.

TEOB. Y todos esperamos tu licencia.

REY. Pues no llegais, Enrico?

ENRICO. No he llegado,
que ninguno á su Rey mira culpado.

REY. En dias de mis bodas
quiero que sean alegrías todas.
Á Teobaldo dé Flérida la mano.

TEOB. Yo soy, señor, quien gano.

FLERIDA. (Á Teobaldo.)
Pues no es bien que te asombre
mano de quien lloró por otro hombre?
Yo licencia te pido,
para darla, señor, á quien me ha dado
causa de que por él haya llorado.

REY. Yo la doy, y contento
de que así quede satisfecho Enrico.

ENRICO. Que me dejes besar tus piés suplico;
porque á tus plantas puesto,
poder, amor y honor den fin con esto.

—

ESTELA. (Viniendo al centro de la escena.)
De aquel genio colosal,
gloria de la pátria escena,
cuyo nombre el mundo llena
con aplauso universal;
expresion de fe acendrada,
de nobleza y bizarría,
esta comedia yacía
entre otras ciento olvidada.
Si fué pobre el desempeño,
en nuestra defensa hable
esta joya inestimable
del poeta madrileño.
Tan sublime creacion
y cuadro tan bien sentido,
tener no puede en olvido
la patria de Calderon.

FIN.

nicienta.
madreño.
vicio.
e viento.
Gorrelargo
).
gimiento
ni mujer.
.
es.
ey René.
Murillo
le Catana.
a.
a vida.
ran.
iloto.
el campamento, ó
rica.
s de la niebla
matrimonio.
bel.
allo.
ncia.
ia.
da.
refundida.)
brina
io.
s.
de pájaro.
uelas.
lonia.
mparedada.

Miserias de aldea.
Mi mujer y el primo.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.
No lo quiero saber.
Nativa.
Olimpia.
Propósit de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquista de Ronda.
Por una pension.
Para dos perdices, dos.
Préstamos sobre la honra.
Para mentir las mujeres.
¡Que convido al Coronel!...
Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
¿Quién es el autor?
¿Quién es el padre?
Rebeca.
Rival y amigo.
Rosita.
Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid.)*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.
Si la mula fuera buena.
Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.

Trabajar por cuenta ajena
Tod unos.
Torbellino.
Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina
Un dómine como hay pocos
Un pollito en calzas prietas
Un huesped del otro mundo
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética
Una noche en blanco.
Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido s ustuto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer mistoriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabellos.
Un estudiante novel.
Un hombre del siglo.
Un viejo pollo.
Ver y no ver.
Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

doro
na ley.
).
nilladas
itana.
e.
ta.
ó el Alcalde pro-
na ópera.
maja.
rtelano.
Iarrueecos.
a tonera.
naval.
na lirico.)
la Rioja *(Música.)*
Letorieres.
cape.
ñol.
z.
co.
o.
de un pollo
aldemoro.
.. ¡animal!
alle Mayor.
oro.

El mundo nuevo
El hijo de D. José.
Entre mi mujer y el primo.
El noveno mandamiento.
El juicio final.
El gorro negro.
El hijo del Lavapies.
El amor por los cabellos.
El mtndo.
El Paraiso en Madrid.
El elixir de amor.
El sueño del pescador.
Giralda.
Harry el Diablo:
Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca ne gra
La estátua encantada.
Los jardines del Buen retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.

La Jardinera. *(Música.)*
La toma de Tetuan.
La cruz del valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.
La pupila.
Los pecados capitales.
La gitanilla.
La artista.
La casa roja.
Los piratas.
La señora del sombrero.
La mina de oro.
Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.)*
Matilde y Malek-Adhel.
Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo
Peluquere y marqués.
Pablo y Virginia.
Retrato y original.
Tal para cual.
Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.
Un mari o por apuesta.
Un quinto y un sustituto

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES

PROVINCIAS.

...ete.	R. S. Perez.
...l.	J. Marti.
...nte.	J. Gossart.
...ria.	Alvarez Hermanos.
...	S. Lopez.
...joz.	F. Coronado.
...lona.	Viuda de Bartumeus y Cerdá.
...o.	E. Delmas.
...s.	T. Arnaiz y A. Hervias.
...es.	H. E. Perez.
...	Verdugo y Compañia.
...ias.	F María Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
...gena.	J. Mellado y Orcajada.
...llon.	J. M. de Soto.
...l-Real.	P. Acosta.
...ba.	M. Garcia Lovera.
...a.	J. Lago.
...a.	M. Mariana.
	J. Giuli.
...l.	N. Taxonera.
...s.	F. Dorca.
	Crespo y Cruz.
...da.	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora:
...lajara.	R. Oñana.
...a.	V. Ceballos.
...	J. P. Osorno.
...	R. Guillen.
...	J. Perez Fluixá.
	F. Alvarez de *Sevilla.*
	Miñon Hermano.
...	M. Ballespi.
...o.	P. Briena.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela y P. de Moya.
Manila (Filipinas).	M. Planas.
Mataró.	N. Clavell.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Orense.	J. Ramon Perez.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Peralta y Menendez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Puerto de Sta. Maria.	J. A. Rafoso.
Puerto-Rico.	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Reus.	J. Prius.
Salamanca.	R. Huebra.
Sanlúcar.	I. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda.
Santander.	Miguel Ruano.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Tarragona.	F. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Valencia.	I. Garcia, F. Navarro y Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vitoria.	J. Oquendo.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

...rerías de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle ...rretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, calle ...ármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.